

Los socialistas argentinos ante el conflicto argentino-chileno. Formas y sentidos del antimilitarismo en los orígenes del Partido Socialista en Argentina (1894-1902)

Argentine Socialists and the Argentina-Chile Border Conflict. Forms and Meanings of Antimilitarism in the Origins of the Socialist Party in Argentina (1894-1902)

FRANCISCO JERÓNIMO REYES

IHUCSO Litoral/CONICET-Universidad Nacional del Litoral, Argentina

reyesfranciscoj@live.com

NATACHA CECILIA BACOLLA

IHUCSO Litoral/CONICET-Universidad Nacional del Litoral/Universidad Nacional de Rosario, Argentina

nbacolla@gmail.com

Abstract: The socialist internationalism arises in the late nineteenth century as an innovative phenomenon for the deployment of a sustained response to the rise of militarism and the “new religion” of patriotism. This debate will have an impact on the Argentine socialism, questioned by the border conflict between Argentina and Chile. The 1890s witness a bellicose escalation and mobilization of various sectors of Argentine society and politics, surmounted by the sanction of compulsory military service in 1901. This work thus focuses on two aspects: on one hand, the reception of the debates of the Second International by the rising Argentine socialism; and on the other hand, the forms of antimilitarism intervention that will shape the profile of the Socialist Party in Argentina.

Keywords: Antimilitarism; Nationalism; Argentine socialism; Second International.

Resumen: El internacionalismo socialista se erigió a fines del siglo XIX en un fenómeno innovador por el despliegue de una sostenida respuesta frente al militarismo y al auge de la ‘nueva religión’ patriótica. Este debate tendrá su impacto en el socialismo argentino, interpelado por el conflicto limítrofe entre Argentina y Chile. La década de 1890 presenciara una escalada belicista y la movilización de distintos sectores de la sociedad y la política argentinas, coronadas por la sanción del servicio militar obligatorio en 1901. El trabajo se enfoca así en dos aspectos: por un lado, la recepción en el naciente socialismo argentino de los debates de la II Internacional; por otro lado, las formas de intervención del antimilitarismo que irán moldeando el perfil del Partido Socialista en Argentina.

Palabras clave: Antimilitarismo; Nacionalismo; Socialismo argentino; II Internacional.

INTRODUCCIÓN

Aunque el antimilitarismo constituyó una preocupación temprana de aquellos dirigentes que se encargaron de organizar a los distintos partidos socialistas que confluyeron en la II Internacional en la década de 1890, gran parte de la historiografía que se ocupa de ella desde diversos enfoques y escalas, ha comenzado recién en las últimas décadas a revisar el peso de esta prédica en esos años de cambio de siglo. Por contrapartida, la mayor parte de la historiografía sobre la II Internacional privilegió, respecto de este núcleo de problemas, la coyuntura de la Gran Guerra, momento en el cual la profundización de las tensiones belicistas dará una vigorosa relevancia no solo a aquellas iniciativas de la izquierda, sino también a otros movimientos pacifistas de fronteras ideológicas más difusas.¹ Sin embargo, la bandera antimilitarista activará desde los finales del siglo XIX las disputas entre sus miembros, al definir estrategias frente a la escalada de un patriotismo militante que calaba tanto en la gran prensa como en importantes sectores de la sociedad y en las políticas de fortalecimiento militar de los Estados. El internacionalismo socialista se erigió así en un fenómeno pionero e innovador, entre otras razones, por el despliegue de una sostenida respuesta frente al militarismo y al auge de la “nueva religión” patriótica.²

Sumado a estos nuevos focos de atención historiográfica, los desarrollos de las últimas décadas en torno a la historia global, en sus diversas perspectivas metodológicas —la transnacional, los estudios sobre transferencia, la *histoire croisée*, la *entangled History*—

¹ Escapa a los límites de este artículo hacer un balance sobre la nutrida producción historiográfica relativa a la II Internacional. Remitimos para un panorama general y el lugar del antimilitarismo a las clásicas obras de Cole (1960) y Haupt (1964), así como al análisis particular de Becker (1987) sobre la cuestión de la guerra. Sobre los movimientos pacifistas de diversas tradiciones, los trabajos de Cooper (1991), Grossi (1994) y Ceadel (2008).

² Podemos mencionar algunas investigaciones pioneras, como la compilada por Haupt, Löwy y Weill (1982), pero los abordajes de Callahan (2010) enfocan más precisamente el rol de la prédica antimilitarista en la coyuntura de la paz armada.

otorgan nueva relevancia a las indagaciones sobre los fenómenos de circulación de ideas y prácticas políticas, erosionado la preeminencia de los límites estrictos del Estado nación para examinar procesos y objetos. Ello resignifica las dimensiones globales del antimilitarismo del cambio de siglo y la construcción de identidades políticas que, como la socialista, erigieron el internacionalismo como uno de sus principales pilares.³ Estas tendencias abren nuevos interrogantes sobre las narrativas que a escala nacional se han ocupado de estos objetos. En ese registro el presente artículo se propone visitar los momentos fundacionales del Partido Socialista (PS) en Argentina, focalizando en el impacto que el antimilitarismo, entendido como posicionamiento político-ideológico y como forma de intervención pública, tuvo en el proceso de construcción del mismo.

La escasa atención en torno a este tema de la historiografía sobre el socialismo es llamativa. En especial si se tiene en cuenta el peso que tuvo la hipótesis de conflicto argentino-chileno en relación al posicionamiento del PS ante el problema de la nación y del patriotismo militante, coyuntura signada por la escalada armamentista y la movilización de distintos sectores de la sociedad y la política argentinas permeables a la retórica y las prácticas belicistas de la “paz armada” europea.⁴ Aquí se sostiene que el tópico antimilitarista adquirió una importancia medular en dicho proceso constitutivo, tanto en la estructuración de un programa político-ideológico como en la elaboración de un repertorio de estrategias de intervención en función de ganar un lugar en la escena pública. Por una parte, la interpelación de la coyuntura belicista potenció las dinámicas políticas emergentes de las múltiples crisis que caracterizarían la década de 1890: disfunciones económicas, sucesivos levantamientos cívico-militares, la constitución de espacios partidarios de oposición al gobierno conservador y el peso de las políticas de integración nacional de la extensa población inmigrante. Este clima de crisis y urgencias políticas alimentó un “movimiento patriótico” con tendencias militaristas que interpeló vivamente al emergente socialismo. Por otra parte, estas condiciones locales abonaron la temprana recepción y reelaboración de debates y sobre todo de prácticas concebidas en el seno de la II Internacional. Al mismo tiempo dieron lugar a la formulación de una serie de diagnósticos de parte de la dirigencia socialista en relación al carácter represivo del Estado (leyes de excepción, estado de sitio, etc.), la posibilidad de promover reformas que democratizaran algunas instituciones del mismo y el peligro del unanimismo nacionalista como forma de disciplinamiento político-ideológico.

³ Dentro de una ya vasta bibliografía en torno a esta perspectiva: Osterhammel/Petersson (2005); Hopkins (2006); Crossley (2008); Iriye/Saunier *et al.* (2009); Douki y Minard (2007); Maurel (2014). Relativo al período en general aunque no al socialismo en particular: Bayly (2010); sobre las dimensiones transnacionales de movimientos sociales y políticos y sus implicancias metodológicas: Dimou (2009); Haupt/Kocka (2012). Cabe señalar que en la historiografía argentina no han tenido una gran recepción aún estas metodologías de la historia global, con excepciones como el trabajo de María Inés Tato (2017) sobre el impacto de la Gran Guerra o ciertos estudios sobre circulación de saberes e historia intelectual como el de Eduardo Zimmermann (2017).

⁴ Un ejemplo de esta omisión de la actitud del joven socialismo argentino ante el conflicto limítrofe es el, por otro lado, interesante trabajo de Ricardo Falcón (2007) sobre el tratamiento de la ‘cuestión de la nación’ en el socialismo argentino temprano.

Con estos interrogantes, el artículo atiende, en un primer apartado, a las prédicas y las prácticas derivadas de las posiciones antimilitaristas que cristalizaron en el escenario de la II Internacional, así como a los debates que en su seno se desencadenaron sobre “la cuestión patriótica”. Luego revisa la coyuntura del conflicto fronterizo argentino-chileno para finalmente focalizar en los dos principales problemas abordados por este trabajo: la recepción en el naciente socialismo argentino de los mencionados debates de la II Internacional y las formas de intervención antimilitaristas que contribuyeron a moldear el perfil del Partido Socialista en Argentina.⁵

ANTIMILITARISMO, INTERNACIONALISMO Y CUESTIÓN PATRIÓTICA EN TIEMPOS DE LA ‘PAZ ARMADA’

a) Los posicionamientos y debates en el seno de la II Internacional

La identificación de las diversas izquierdas del siglo XIX con el internacionalismo y el pacifismo no se definió en contrastes de blanco y negro contra la ‘patria-nación’, a la cual el propio marxismo consideraba como condición de desarrollo de un movimiento obrero transnacional. Como señala Michel Winock, a diferencia de la negación anarquista de cualquier tipo de identificación con la patria, el socialismo se rebelaba contra el “patriotismo de sus adversarios”, capturado en nombre de la reacción conservadora. Este debate constituyó, más que una querrela teórica, una consecuencia de la lucha política que penetró con su ambigüedad el vocabulario y las prácticas de los partidos asociados a la II Internacional (Winock 1973). Si por una parte, dichas disputas serían la clave explicativa de las perspectivas social darwinistas que prevalecerían en los posicionamientos del socialismo ante la conflictividad desencadenada por la expansión imperialista europea; por otra, alimentarían la vinculación especular que se establecería entre una práctica agresiva y militarista del patriotismo nacionalista y el posicionamiento pacifista del movimiento socialista y su tarea emancipadora.

La centralidad del activismo pacifista emergerá en una de las más duraderas resoluciones del Congreso fundacional de la Internacional de 1889 en París –significativamente, en paralelo a un Congreso Universal por la Paz organizado por parlamentarios de distintos países europeos y por agrupaciones de carácter “burgués” (Cooper 1991: 58-59)– al proclamar el 1º de mayo como día de movilización por la jornada laborable de ocho horas, pero también de declaración internacional a favor de la paz, considerada como una condición indispensable para la emancipación obrera. Las capacidades para coordinar las acciones entre los partidos que conformaban la asociación

⁵ En ese sentido, si bien se atenderá al impacto que estas tensiones bilaterales tuvieron sobre el socialismo chileno y sus relaciones con el argentino, solo se abordarán en la medida que resultan relevantes para situar el peso que las ‘dinámicas globales’ operaron en el proceso de constitución del PS en Argentina.

reconocerían dos obstáculos hasta inicios del siglo xx. Por una parte, la inexistencia de un organismo permanente que pudiera ejecutivamente organizar las acciones multilaterales, por lo que solo contaban con los medios que podía viabilizar cada estructura partidaria nacional. Por otra parte, si bien hacia 1900 la puesta en funcionamiento del Bureau Socialista Internacional con sede en Bruselas marcará una inflexión, la disparidad en los niveles de organización de las fuerzas socialistas en cada Estado, así como las tensiones al interior de la propia Internacional y el clima de las relaciones europeas, agregarían escollos a la capacidad de movilización del internacionalismo pacifista en clave socialista.

Las posturas contrapuestas fueron delineándose desde el Congreso de Bruselas (1891). Por un lado se manifestó una posición sostenida en las reuniones de 1893 y 1896 según la cual la lucha por la paz y el antimilitarismo eran inescindibles de la lucha socialista, cuyo triunfo sobre el capitalismo sería el único reaseguro de su definitiva realización. Inspirada en el marxismo, sus principales argumentos fueron enunciados por el líder socialdemócrata alemán Wilhelm Liebknecht. A esta posición se contrapuso la esgrimida por el holandés Domela Nieuwenhuis, más cercano al anarquismo, que apoyaba la prioridad de sostener ‘una guerra a la guerra’, entendiendo que esta solo sería posible a través de una herramienta esencialmente revolucionaria: la huelga general. Las discusiones dejaron en claro la heterogeneidad de tendencias de los diversos partidos de la Internacional. Los matices de estas posiciones tuvieron su expresión en la fracción del socialismo francés liderada por Édouard Vaillant, quien en 1891 ya había afirmado la necesidad de la militancia pacifista por medios que no necesariamente debían ser uniformes, sino tan plurales como las cambiantes coyunturas.

Si bien estas dificultades tomaron mayor entidad en los años previos a la Gran Guerra, las mismas no fueron óbice para la constitución de la Internacional como *locus* de la prédica contra la guerra y el militarismo. La propia autodefinición de los congresos como “parlamentos de la paz”, que convocaban a representantes de múltiples nacionalidades, y el despliegue de un repertorio de símbolos expresados en los 1º de Mayo y en los propios congresos de la Internacional, fueron consolidando a la prédica antimilitarista como parte constitutiva del programa político del socialismo internacional. La misma tuvo una presencia continua en las resoluciones de los sucesivos congresos, adquiriendo centralidad en algunas coyunturas álgidas, como las guerras anglo-bóers, la ruso-japonesa, la cuestión marroquí y los conflictos en los Balcanes (Callahan 2010).

Cuatro tópicos articularon el antimilitarismo de la Internacional hasta el Congreso de París en 1900. En primer lugar, el rechazo de los ejércitos permanentes y su reemplazo por la ‘nación en armas’, en tanto aquellos impactaban sobre las condiciones económicas de los obreros llevando a través de nuevos impuestos y empréstitos a la ruina económica, mientras la segunda incorporaba las funciones militares como “un atributo necesario de su calidad de ciudadano” (Congrès Socialistes Internationaux 1902: 79). Este planteo enraizado en tradiciones republicanas se distinguía de otros movimientos pacifistas filiados al cosmopolitismo liberal: la lucha política por “la desaparición del orden capitalista, la emancipación del trabajo y el triunfo internacional del socialismo”

definían así la “opresión militar” como una forma más de la explotación capitalista. De aquí surgía el tercer aspecto (resoluciones de Bruselas, Zúrich y Londres, 1891-1896): su carácter internacional lo definía como un verdadero “partido de la paz”, por lo que la “consolidación de los lazos de solidaridad entre los obreros de todos los países” debía expresarse en la coordinación de posiciones parlamentarias, rechazando la votación para gastos militares, “protestando contra los ejércitos permanentes y reclamando el desarme” (Congrès Socialistes Internationaux 1902: 80). Una cuarta definición se incorporaría al antimilitarismo en la reunión de Londres: a la vía de la confrontación bélica se opondrán los tribunales arbitrales como método pacífico de “solución en los conflictos entre naciones”, dejando “la decisión sobre la cuestión de la guerra o la paz definitivamente al pueblo, para los casos donde los gobiernos no acepten la sentencia arbitral” (Congrès Socialistes Internationaux 1902: 81). Al potenciarse las políticas colonialistas, Rosa Luxemburgo sostuvo en su famosa alocución en París:

La denuncia contra el militarismo no es una novedad [...] el proletariado ha sentido siempre que el militarismo es el enemigo mortal de toda la civilización [...] Sin embargo no se trata ahora de repetir antiguas resoluciones, sino de crear algo nuevo frente a los nuevos fenómenos de la política mundial (Congrès Socialistes Internationaux 1902: 234).⁶

Al Bureau Socialista Internacional como órgano permanente, la prédica antimilitarista sumará para 1900 una nueva pedagogía política. Por un lado, focalizaba en la “educación y organización de la juventud”, ya que hacia ella se dirigían las políticas gubernamentales de conscripción. En segundo lugar, atendiendo a su creciente fortaleza, reafirmaba la labor parlamentaria de los partidos socialistas tanto en el rechazo de los gastos militares como de las expediciones coloniales. En tercer lugar, el nuevo organismo permanente proponía coordinar un “movimiento de protesta y agitación antimilitarista uniforme y común en todos los países” (Congrès Socialistes Internationaux 1902: 82). De este modo, si bien sería recién entre 1907 y 1912 que las movilizaciones socialistas contra la guerra tomarían otras proporciones en un contexto de mayor tensión de la política internacional, en el período previo el antimilitarismo se instaló a través de manifiestos, agitaciones recurrentes y de la intervención parlamentaria como un componente inescindible del programa socialista internacional.

b) El conflicto argentino-chileno: ‘paz armada’ y patriotismo militante

En cuanto al ámbito nacional, el escenario argentino del segundo lustro de 1890 parecía confirmar ese tenso clima internacional de la ‘paz armada’. Las incertidumbres derivadas de las profundas transformaciones económicas y sociales generadas por la incorporación al mercado internacional y el flujo inmigratorio adquirieron un tono

⁶ La alocución de Luxemburgo sustentaba la tesis según la cual la debacle final del sistema capitalista no se produciría como resultado de una crisis económica, sino como producto de “una crisis política, una crisis causada por la política mundial”.

mayor en el marco de la nueva conflictividad política con que se inició la década. Estas dinámicas alimentaron una creciente discusión respecto de la concepción de la nación, que poco a poco dio lugar a un resquebrajamiento del consenso liberal y cosmopolita emanado de la Constitución de 1853. Asimismo las confrontaciones con los países limítrofes por la definición de fronteras adquirieron una nueva dimensión a la luz del clima de rivalidad y del espíritu expansivo de las potencias imperialistas (Bertoni 2001: 213).

En particular, la demarcación de la frontera con Chile había generado varias tensiones entre ambos Estados, presentando puntos álgidos en la segunda mitad del siglo XIX. Luego del *impasse* que significó la Guerra del Pacífico, las discusiones sobre los límites volvieron a recrudecer al confrontar los criterios entre los peritos de ambas partes.⁷ El punto alto de este clima de hostilidad se daría en 1898 con la parálisis casi total de los trabajos de peritaje, lo cual abría dos caminos según los acuerdos de 1893 y 1896: la guerra o el arbitraje británico. La decisión por este último no fue obstáculo para una sucesión de crispaciones y una escalada armamentística que tendrá como momento final de distensión los “Pactos de Mayo” de 1902, firmados por los presidentes Errázuriz y Roca, luego de los cuales se conocería el fallo arbitral.

En este contexto, la modernización del Ejército y en particular la renovación de la Marina de Guerra concentraron la atención de los sucesivos gobiernos de Luis Sáenz Peña, José Uriburu y Julio Roca.⁸ Las discusiones sobre las fórmulas para lograr una

⁷ Las tensiones por la delimitación de fronteras entre los dos Estados del Cono Sur datan de 1843, cuando el gobierno chileno tomó posesión efectiva del Estrecho de Magallanes y sus territorios adyacentes, lo que provocó la reacción del lado argentino, reclamando la posesión de la zona primero y creando colonias de población originaria una década después, como estrategia para bloquear los avances chilenos. Los desacuerdos llevaron a la firma de un tratado de límites en 1881, estableciendo que la frontera de norte a sur entre ambos Estados sería la Cordillera de los Andes hasta el paralelo 52° y que seguiría la línea de las altas cumbres divisorias de aguas; Tierra del Fuego fue dividida dejando la parte oriental bajo soberanía argentina y la occidental bajo la chilena; finalmente en cuanto al Estrecho de Magallanes se determinó los derechos chilenos sobre sus dos márgenes, pero sobre las cuales no debía erigir fortificaciones y garantizar su neutralidad. La aplicación de dicho tratado no fue problemática en el centro y norte de la zona cordillerana, pero generó diversas interpretaciones en la zona patagónica. Mientras Chile sostenía que la frontera debía delimitarse por la divisoria de aguas, Argentina esgrimía que esta debía pasar por las altas cumbres. En 1893 se firmó un protocolo que reafirmó la división de 1881 e inició un proceso de peritaje. A la aplicación problemática de los criterios de delimitación en la Patagonia se agregó otro: el de la Puna de Atacama. Las tensiones se desencadenaron al conocerse que luego de la Guerra del Pacífico, que había enfrentado a los países transandinos, Bolivia había cedido parte de estos territorios a Argentina a cambio de Tarija. La disputa dejó hacia 1898 a ambos países al borde de la guerra, que fue evitada gracias a estrategias diplomáticas –como el abrazo de ambos presidentes en el Estrecho de Magallanes y la mediación norteamericana en 1899–. Sin embargo la tensión belicista resurgió azuzada por los ecos de los postulados geopolíticos europeos y la carrera armamentística. Esta situación llevaría a la firma de los “pactos de Mayo” de 1902, con mediación británica: Argentina renunciaba a entrometerse en el conflicto del Pacífico; se adoptaba el arbitraje obligatorio e inapelable ante los diferendos y se estableció un acuerdo de limitación de armamentos. Véanse Lacoste (2011) y Ferrari (1968).

⁸ La noción de potencia militar implicaba una serie de conceptos culturales, como el vigor de la raza, el prestigio de las naciones y la convicción de que en el terreno naval la seguridad del Estado era directamente proporcional a su flota de guerra (Lacoste 2011). A los efectos, ambos gobiernos procedieron

fuerza militar poderosa confrontaron dos modelos: el Ejército centralizado, oficialidad profesional y servicio militar obligatorio; y la Guardia Nacional, formada por ciudadanos-soldados, entrenados para tomar las armas en cualquier momento y conscientes de su deber de defender a la patria (Bertoni 2001: 213). El desenlace sería favorable al primero con la sanción en 1901 de la ley n° 4031 de servicio militar obligatorio –conocida como “ley Ricchieri”, por el ministro de Guerra que la impulsara–, teniendo como principal catalizador el clima belicista por la hipótesis de conflicto con Chile (Rouquié 1981: 80-83).

Varios registros permiten comprender la transformación del Ejército. En primer lugar, se hicieron cada vez más preponderantes las perspectivas que planteaban la necesidad de profesionalizar y mejorar la capacitación del Ejército de línea y el entrenamiento de la Guardia Nacional. A raíz de este imperativo, la década de 1890 vio arraigar un conjunto de iniciativas de asociaciones civiles, apoyadas en parte por figuras públicas y por la gran prensa, que tenían como objetivo la preparación física y el desarrollo de destrezas en el uso de las armas, lo cual lograría asociar el fortalecimiento de estas capacidades con el de la misma nacionalidad. Un ejemplo fue la sostenida campaña proarmamentista de uno de los principales diarios de la capital argentina, *La Prensa*, encabezada por su jefe de redacción, el ex y futuro ministro de Relaciones Exteriores de la nación, Estanislao Zeballos, quien en sus editoriales demandaría tempranamente acelerar “la preparación de la defensa nacional” ante la “ruidosa militarización chilena”.⁹ Esta crítica al gobierno argentino calaba también en ciertas fuerzas opositoras, como la Unión Cívica Radical.

El contexto de conflictividad fronteriza también generó una política de acercamiento hacia las comunidades inmigrantes. Este viraje hacia la ‘confraternidad’ –mediante colectas para la compra de buques de guerra, conferencias públicas o fiestas étnicas– fue alimentado tanto por los aprestos bélicos como por la idea de ‘unión del frente interno’ que buscaron los animadores de la primera Liga Patriótica Argentina. Esta institución, creada en 1898 casi simultáneamente a asociaciones europeas de carácter similar, como la Liga Naval alemana o la Liga de la Patria francesa, actuará en esos años en estrecha colaboración con el Ejército y las llamadas “sociedades de tiro”, para desaparecer y reorganizarse en 1901. Tal como afirmaba en su presentación pública, la Liga decía inspirarse “en el más puro patriotismo” para “asegurar la adhesión del pueblo todo”, planteándose como principal objetivo el dar cohesión y disciplina a la opinión pública “para constituirla en fuerza eficiente de la defensa nacional”.¹⁰

La conjunción de estas acciones terminará por dar forma en la Argentina finisecular a lo que se conoció como el ‘movimiento patriótico’, en el cual abrevaban distintas

a incorporar nuevos cruceros acorazados y destructores, iniciándose en 1896 las obras del Puerto Militar Belgrano y en 1898 una nueva estación naval en Río Santiago.

⁹ “La convocatoria a la Guardia Nacional”, *La Prensa*, 01/04/1898.

¹⁰ “La Liga Patriótica”, *La Prensa*, 02/04/1898. La Liga Patriótica Argentina fue constituida por empresarios, profesionales, políticos, intelectuales cuya diversidad muestra la aglutinación de las elites en torno a los problemas de la defensa militar de la nación (Bertoni 2001: 238-242).

iniciativas, desde los ejercicios del tiro suizo hasta la organización de veladas literarias y bailes familiares para recaudar fondos patrocinados por las damas de la Sociedad de Beneficencia. El ejemplo más paradigmático de esta colaboración entre las autoridades y los sectores movilizados por el patriotismo lo constituyó el proyecto de la Liga, finalmente exitoso, de crear un regimiento de granaderos a caballo que actuara como guardia presidencial. La propuesta, inspirada en el célebre cuerpo militar del general de la independencia José de San Martín, se complementaba con otros aprestos bélicos de la Liga, como el abastecimiento de pertrechos y la colaboración en la instrucción de la Guardia Nacional en las provincias andinas de La Rioja, San Luis y Mendoza.¹¹

LA ‘PROPAGANDA’ ANTIMILITARISTA: DE LAS CONFERENCIAS AL ‘MEETING POR LA PAZ’ Y LOS ‘PACTOS DE MAYO’

En cuanto a la temprana preocupación que constituyó el antimilitarismo en el marco de la II Internacional, el caso argentino evidencia su singularidad en relación a la agudización del problema limítrofe, entendido como posicionamiento político-ideológico y como un conjunto de formas de intervención pública, un fenómeno que acompañó el proceso formativo del PS en Argentina. Si se tienen en cuenta sus ámbitos de difusión, las críticas a la propaganda armamentista y al patriotismo militante interpelaban, antes que nada, a los miembros de las propias filas socialistas. Salvo situaciones muy específicas como el boicot a algunos “actos patrióticos” o las manifestaciones del 1° de mayo, su impacto no parece haber trascendido mucho más allá. Así, en relación al lugar que esta crítica ocupó en el principal órgano de prensa anarquista en esos años, *La Protesta Humana*, se hace evidente el mayor peso que tuvo entre los socialistas¹² esta cuestión de la que se ocuparon tempranamente en tanto problema para la ‘civilización’ de las prácticas políticas de la Argentina finisecular y como un flagelo universal ante el cual debía plantearse la alternativa de una ‘solidaridad internacional’.

La campaña antimilitarista se presentaba como un reflejo defensivo ante el conflicto con Chile y el consecuente tópico de ‘la patria en peligro’ presente en la gran prensa y en ciertos periódicos partidarios, que se encargaron de instalar en la opinión pública la necesidad de una carrera armamentista frente al país vecino bajo la forma de la ‘paz armada’.¹³ Frente a este fenómeno novedoso, la postura partidaria del socialismo

¹¹ “Liga Patriótica” y “El cuerpo de granaderos a caballo”, *La Prensa*, 25/07/1898.

¹² Analizando las publicaciones de *La Protesta Humana* entre 1898 y 1901, Juan Suriano constata unas seis intervenciones dedicadas específicamente al problema del militarismo (Suriano 2008: 292); mientras que en las páginas de *La Vanguardia* pueden contabilizarse para el período 1894-1901 casi 100 notas y artículos dedicados a la cuestión.

¹³ Por ejemplo, el órgano oficial de la Unión Cívica Radical expresaba hacia 1895, “Los argentinos no hemos de rehuir ningún camino, desde que el mismo de la guerra lo seguiríamos, altivos y conscientes, si a él se nos llevara; venga, pues, la paz armada, con todos sus sacrificios” (“La paz armada. Una política que se impone”, *El Argentino*, 08/07/1895).

mantuvo una coherente oposición, lo cual además estaba a tono con las disposiciones de la Internacional, aunque en las resoluciones de los primeros congresos se evidencian ciertas especificidades. Ya en el punto 18° del Programa Mínimo de 1896 se planteaba la “supresión del Ejército permanente y [el] armamento general del pueblo” (Oddone 1983: 66). Mientras que en 1898 los congresistas redactaron una declaración especial “contra la guerra”, afirmando que protestaban “contra la propaganda alarmista que explotan las empresas periodísticas de Chile y de este país y declaran que la clase trabajadora argentina no odia el pueblo chileno ni quiere la guerra” (Oddone 1983: 169). Los matices del devenir del conflicto se advierten en las disposiciones del tercer y cuarto congresos partidarios: en el primero (1900) la postura “contra el militarismo” afirmaba que las clases obreras argentina y chilena debían “iniciar un movimiento de opinión contra los proyectos de establecer el servicio militar obligatorio, que implicaría establecer el ruinoso sistema de la paz armada”; mientras que en 1901 se resolvió mantener lo declarado en el Programa Mínimo de 1896, pero agregando que resultaba imperioso “realizar anualmente una agitación antimilitarista”, según lo propuesto en los congresos socialistas internacionales (Oddone 1983: 171 y 173), los cuales, como se vio, comenzaron a prever desde París en 1900 la organización de protestas y manifestaciones públicas simultáneas en todos los países amenazados por una crisis internacional.

Las páginas de *La Vanguardia* —órgano oficial del PS creado en 1894— se erigieron en la principal tribuna de la prédica antimilitarista, publicando notas sueltas referidas a la cuestión, traduciendo trabajos de referentes del socialismo internacional,¹⁴ elaborando crónicas de las actividades de los partidos europeos, dando cuenta de los intercambios epistolares con los socialistas de Chile, anunciando conferencias, etc. Intervenciones como las de Adrián Patroni, por ejemplo, abordaban el conflicto como un peligro inminente para la clase obrera.¹⁵ El tono plebeyo y coloquial adquiría en *La Vanguardia* una función pedagógica —una de las funciones que se autoasignaba era la de “educar al pueblo trabajador” (Buonuome 2015: 22-23)— y pretendía hacer patentes las condiciones de vida de los soldados pobres, los rigores de la vida militar y demostrar la “farsa patrioter”. A mediados de 1898, por ejemplo, un grupo de militantes socialistas que se encontraba de servicio decidió editar una serie de folletos y la administración de *La Vanguardia* se encargó de promover una colecta para su edición.¹⁶ Estas tácticas se habían mostrado eficaces a partir de un ejemplo bien conocido por la dirigencia socialista argentina, el de las Jóvenes Guardias Socialistas del Partido Obrero Belga cuya actividad antimilitarista se asentaba en una notable estructura de

¹⁴ Allí se apelaba a la sensibilidad social y política de reconocidos escritores que abordaron el tema del antimilitarismo y la lucha por la paz, como es el caso del poema “El desertor”, del modernista mexicano Salvador Díaz Mirón (01/05/1899), del fragmento “Deberes del soldado”, de León Tolstoi (02/02/1900) o del escrito “A los militaristas”, donde el francés Guy de Maupassant se refería a la forma en que “los pobres son conducidos a la muerte” (01/05/1901).

¹⁵ Adrián Patroni, “¡Chile!!”, *La Vanguardia*, 03/02/1898; y “¿Patria?”, *La Vanguardia*, 18/03/1898.

¹⁶ “Propaganda entre guardias nacionales”, *La Vanguardia*, 18/06/1898.

10.000 miembros organizados en 120 agrupaciones locales.¹⁷ Para José Ingenieros las “campañas antimilitaristas” del socialismo belga se presentaban como el mejor ejemplo de contra-agitación de toda Europa al organizarse “en guerrilla frente a frente con el militarismo gubernativo y en meetings de una imponente monstruosidad”.¹⁸ En las condiciones del PS en Argentina una táctica de este tipo era impensada, pero su recepción dice bastante de la cultura política socialista internacional en que pretendía abreviar, en particular frente a un Estado que aparecía por su dimensión militar como una fuerza esencialmente represiva. La sanción en 1900 del servicio militar obligatorio en Chile y a mediados de 1901 en Argentina aparecerá, a ojos de los socialistas, como una confirmación y profundización de este diagnóstico, ante lo cual Guido Cardei afirmaba que los “deberes del proletariado” frente a este nuevo panorama eran oponer una férrea resistencia y los trabajadores de ambos países debían actuar con “una sola fe” internacionalista.¹⁹

En cuanto a las formas de sociabilidad que comenzaron a caracterizar la vida de los militantes socialistas, la propaganda antimilitarista encontrará en las conferencias un ámbito privilegiado. Desde los primeros tiempos del conflicto con Chile el tema será instalado por quienes comenzaban a confluir en los distintos centros socialistas de la capital: Eduardo García disertó en julio de 1895 en el local del Centro Socialista Obrero sobre “La guerra con Chile ante el socialismo”,²⁰ algunos meses después de que Carlos Mauli diera una conferencia la noche del 1° de mayo en la cual propuso “desterrar el sentimiento patrio” y protestar contra la potencial guerra entre los países vecinos.²¹ Esta trama articulará distintas instancias de expresión de las ideas antimilitaristas y dos de sus más importantes activistas, Patroni e Ingenieros, se dedicarán al tema en sendas conferencias celebradas a inicios de 1898 en el local del Centro Socialista Obrero. *La Vanguardia* se encargó primero de su transcripción en sucesivas columnas semanales, y también se editó en un extenso folleto la intervención de Ingenieros bajo el título: *La mentira patriótica, el militarismo y la guerra*.

Los socialistas se presentaban como innovadores en estas técnicas de propaganda, de allí que en junio de 1900 José Ingenieros dictara otra conferencia con “proyecciones luminosas” bajo el sugestivo título de “La guerra en la historia y en el arte”, tema que venía tratando periódicamente en los debates sobre el “arte social”.²² Pero es posible advertir hasta qué punto estas prácticas formaban parte de un espectro político-ideológico más amplio de las izquierdas emergentes en la década de 1890 en Argentina. Aquí,

¹⁷ Que este ejemplo era bien conocido lo demuestra la traducción de un artículo del socialista belga Gastón Vandermeeren (“La propaganda antimilitarista en Bélgica”, *La Vanguardia*, 02/12/1899), el cual detallaba el conjunto de las actividades llevadas adelante por las Jóvenes Guardias. Sobre el importante papel jugado por las mismas en el seno del socialismo belga; véase Rébèrioux (1985).

¹⁸ José Ingenieros, “Los socialistas de Chile a favor de la paz”, *La Vanguardia*, 30/07/1898.

¹⁹ Guido A. Cardei, “Contra el militarismo. El servicio militar obligatorio”, *La Vanguardia*, 04/08/1900.

²⁰ “Centro Socialista Obrero. Conferencias”, *La Vanguardia*, 20/07/1895.

²¹ “El 1° de Mayo en Argentina”, *La Vanguardia*, 04/05/1895.

²² José Ingenieros, “El Arte y la Paz Internacional”, *La Vanguardia*, 21/10/1898.

el anarquismo, habitual adversario de los socialistas dentro del movimiento obrero, podía convertirse en un eventual compañero de ruta. Cabe mencionar la serie de conferencias, organizadas por la agrupación libertaria *Luz y Progreso* a fines de 1898, en que Adrián Patroni por los socialistas y Pietro Gori por los grupos anarquistas dieron a conocer sendas posiciones sobre la actitud que debía asumir el “proletariado universal ante la reacción militar-clerical”. También afloraban los matices de aquello que se entendía como una “causa” del proletariado que trascendía a sus distintas tendencias, por lo que Patroni se encargó primero de recordar la consigna del *Manifiesto Comunista* (“Proletarios de todos los países, ¡uníos!”), para luego afirmar que la efectividad de estas respuestas solo podía darse si a la “organización económica” se imponía la “lucha política”, lo cual implicaba la confluencia en una asociación partidaria como la socialista.²³

Este punto sería particularmente sensible en otro intercambio, el efectuado entre referentes del socialismo argentino, fundamentalmente Ingenieros y ciertos activistas del modernismo literario y asociaciones políticas de la izquierda chilena en 1897/1898. En un registro diferente a lo que mostraba *La Vanguardia*, la correspondencia del primero con Mario Centore (director de *La Revista Selecta*), Luis Olea (a cargo del periódico *El Proletario*), Daniel López (tipógrafo que trabajara primero en Argentina, para pasar a escribir en *El Obrero* de Punta Arenas) o Alejandro Escobar y Carvallo (al frente de *La Tromba*) ofrece un panorama de los primeros intentos de una acción concertada trasandina, pero al mismo tiempo de diferencias de criterios y grados de organización.²⁴ Así, se vislumbra una concordancia en cuanto al horizonte socialista que simbólicamente expresara Olea —quien pedía consejos a Ingenieros para su grupo La Libertad— al consignar que “la bandera roja debe ser desplegada por hombres convencidos”.²⁵

Pero el entusiasmo de una causa común en torno al antimilitarismo también encontraba escollos en algo que los militantes argentinos juzgaban imprescindible: un partido que fijara sentidos a la acción política de los trabajadores. Por ello, ante el apremiante pedido de Escobar y Carvallo de fundar una “Liga Internacional de los Trabajadores contra el Militarismo” que vinculara mancomunadamente a los grupos de uno y otro país, de la siguiente carta de este publicista chileno en la cual aceptaba postergar la creación de la Liga se infiere que para Ingenieros se volvía vital en primer lugar “organizar sólidamente el partido” en Chile.²⁶ Con estas recomendaciones demostraba,

²³ “Conferencias. Reacción católico-militar” y “Reacción católico-militar”, *La Vanguardia*, 31/12/1898 y 14/01/1899.

²⁴ El estado de cosas en las “organizaciones hermanas” chilenas será detallado posteriormente por José Ingenieros en: “El socialismo en Chile. A definir posiciones”, *La Vanguardia*, 27/05/1899. Los vínculos de los círculos argentinos y chilenos del modernismo literario y las primeras expresiones del socialismo son consignados en el estudio de la correspondencia de Ingenieros efectuado en Tarcus (2009/2011).

²⁵ Luis Olea a José Ingenieros, 09/12/1897, Fondo José Ingenieros, Sub-A, Serie 1, CeDinCi, Buenos Aires, Argentina.

²⁶ Alejandro Escobar y Carvallo a José Ingenieros, 24/11/1897 y 06/04/1898, Fondo José Ingenieros, Sub-A, Serie 1, CeDinCi, Buenos Aires, Argentina.

por otro lado, una conciencia respecto de que el mismo proceso en Argentina aún mostraba al socialismo como una fuerza incipiente en lenta consolidación. Ese sería precisamente el punto marcado por el dirigente argentino al comentar el programa de una de las primeras versiones del Partido Socialista de Chile al que, por lo demás, encontraba adecuado en sus posiciones frente al militarismo y el patriotismo. Tal vez porque desde aquel país se reconociera explícitamente que la referencia al respecto era nada menos que el folleto de Ingenieros *La mentira patriótica, el militarismo y la guerra*, al cual se reconocía ya en circulación en Brasil y Uruguay.²⁷

El intercambio público y privado da cuenta de asimetrías que si bien dificultaban verdaderas acciones conjuntas de impacto frente a la posibilidad de una guerra –como lo pretendían las resoluciones de la Internacional–; tendría no obstante una continuidad que se haría más fluida y estrecha al pasarse de una “cultura obrera ilustrada” a una efectiva organización política socialista bajo la forma partidaria a inicios del siglo xx (Devés Valdés 1991). Si se recorren los primeros escritos de quien se convertiría en referente principal del socialismo chileno con la creación del Partido Obrero Socialista (1912), Luis Emilio Recabarren, sus preocupaciones centrales se dirigen antes hacia el posible contenido socialista que pudiera sustentar el Partido Democrático del cual formaba parte, que a consideraciones sobre el conflicto limítrofe. Recién hacia 1901 la redacción de *La Vanguardia* acusaría recibo de los ejemplares del periódico *La Democracia* y los deseos de aquel de una “grande obra de fraternidad universal [...] entre los oprimidos chilenos y argentinos”, algunos años antes de que Recabarren recalara en Buenos Aires y colaborara con el periódico del PS.²⁸ Como se verá luego, la reflexión más significativa del lado chileno sobre la tensión belicista no provendría de posiciones socialistas, sino del pacifismo “burgués” de corte positivista a cargo de Juan Enrique Lagarrigue con su *Las cuestiones internacionales*, recibido como folletín por *La Vanguardia* en el año caliente de 1898.²⁹

La mayor visibilidad pública de la propaganda partidaria sobre el antimilitarismo emergerá con la consolidación de las celebraciones por el 1° de mayo en la ciudad de Buenos Aires. A partir de 1897 las manifestaciones públicas harán patente en las calles la prédica antimilitarista, entendiendo a la misma como un componente fundamental, junto al reclamo por la jornada laboral de ocho horas, de una práctica que se convertirá en un verdadero ritual de gran impacto simbólico, político y social (Reyes 2016). Una porción significativa de las consignas del 1° de mayo socialista se centraban en la crítica a las hostilidades con Chile y, de forma más general, al avance del militarismo. Así, el Manifiesto partidario de 1898 abogaba por la abolición de los ejércitos permanentes, caracterizando específicamente al militarismo como un meca-

²⁷ José Ingenieros, “Manifiesto del Partido Socialista Chileno”, *La Vanguardia*, 18/06/1898.

²⁸ “De Chile”, *La Vanguardia*, 13/04/1901. Sobre las actividades de Recabarren en *La Vanguardia* desde 1907 y su corresponsalía simultánea para periódicos chilenos, véase Recabarren (2015: 136-238); en cuanto a la organización del Partido Obrero Socialista de Chile, Pinto Vallejos (2006).

²⁹ “Bibliografía”, *La Vanguardia*, 28/05/1898.

nismo “para mantener el *statu quo* que les permite [a los sectores dominantes] seguir explotando más y mejor a los productores”.³⁰ Debe destacarse además la importancia del tópico antimilitarista en los discursos de los oradores: en 1898 Ingenieros protestó “contra las sanguijuelas económicas, políticas, militaristas, religiosas, etc.”, terminando por invitar a los concurrentes a realizar un “aplauzo a los trabajadores de Chile”; al año siguiente será el obrero Alberto Manresa quien se referirá a “las formas brutales con que el militarismo criollo pretende civilizar a los indios del Chaco”; mientras que en el 1° de mayo de 1900 Francisco Cúneo enumeró ante unos 10.000 manifestantes los distintos sentidos de la “fiesta del trabajo”: “condena a la explotación capitalista, al fanatismo religioso y al militarismo”.³¹

Esta dimensión del 1° de mayo socialista jugó un papel destacado en el carácter contestatario con que el naciente PS se presentó en el clima político e ideológico del cambio de siglo en Argentina. Durante el desfile de 1899, por ejemplo, un grupo de manifestantes generó un incidente a su paso por la legación diplomática de Chile. *La Vanguardia* intentó minimizar el hecho frente a las protestas del embajador chileno ante el presidente Roca, mientras el diario *La Prensa* afirmaba que se habían proferido “gritos destemplados” contra el ministro chileno, por lo cual la policía inició un sumario a los protagonistas del incidente.³² Ante ello, *La Vanguardia* tuvo la oportunidad de colocar en un mismo bando beligerante a los que agitaban la “paz armada”: “esos mismos son los que nos hacían aparecer como provocadores de un conflicto internacional, cuando nuestros propósitos son los contrarios [...] la fraternidad de todos los pueblos”.³³

El punto culminante de la campaña antimilitarista se dio en el inminente clima de guerra de diciembre de 1901.³⁴ La fiebre chovinista generó una aislada pero firme respuesta de parte de los socialistas argentinos y chilenos que reclamaban por la solución arbitral. Se reflató entonces la idea de convocar a un ‘*meeting* por la Paz’ simultáneo en Santiago y Buenos Aires. Ya a mediados de 1898 se había proyectado constituir un Comité en Pro de la Paz para buscar apoyos en la sociedad, pero en aquel momento una manifestación de los socialistas trasandinos fue fuertemente reprimida por la policía de Santiago.³⁵ En 1901, en cambio, el Comité Ejecutivo Nacional del PS instaló una voz disonante con el unanimismo patriótico en un Manifiesto que convocaba a una concentración, el cual afirmaba que “la cuestión de límites ha[bía] sido sometida al

³⁰ “1° de Mayo”, *La Vanguardia*, 01/05/1898.

³¹ “La fiesta del trabajo”, *La Vanguardia*, 07/05/1898; “La fiesta del trabajo. La manifestación”, *La Vanguardia*, 06/05/1899; y “El 1° de Mayo en la Argentina”, *La Vanguardia*, 05/05/1900.

³² “Incidentes en la legación de Chile”, *La Prensa*, 02/05/1899.

³³ “Por el honor de la patria”, *La Vanguardia*, 13/05/1899.

³⁴ Durante todo el mes de diciembre de 1901 el popular semanario *Caras y Caretas* se ocupó de las múltiples actividades de la Liga Patriótica, así como de las manifestaciones públicas “patrióticas” que se fueron sucediendo. Al respecto afirmaba: “El incidente sobre los caminos chilenos ha provocado un movimiento de opinión generalizado en la República, para formar ligas patrióticas que ilustren el criterio público y concurran a la acción del gobierno en procura de una conveniente preparación militar” (“La Liga Patriótica y el Centro Militar”, *Caras y Caretas*, 14/12/1901).

³⁵ José Ingenieros, “Los socialistas de Chile a favor de la paz”, *La Vanguardia*, 30/07/1898.

arbitraje” y que “la guerra, además de ser un verdadero anacronismo, no consulta[ba] los intereses bien entendidos de las repúblicas andinas”.³⁶

En pleno clima de manifestaciones hostiles y negándoseles el permiso de marchar hasta la plaza de Mayo, los socialistas se reunieron en plaza Lorea bajo la consigna “Los trabajadores argentinos no odian a la clase obrera chilena ni quieren la guerra”. Además de los discursos se leyó una carta de adhesión de la activa militante pacifista y feminista Gabriela Laperrière de Coni en nombre de la Alliance Universelle des Femmes pour la Paix. El mensaje era claro:

En Santiago de Chile, otros hombres, como vosotros soldados del trabajo, de aquellos que no dan muerte, sino que ayudan a la vida, se reúnen para proclamar sus sentimientos pacíficos [...] Podéis estar orgullosos, ciudadanos, de ser el portavoz, la vanguardia de la civilización y de la verdad.³⁷

De esta forma, los socialistas argentinos comenzaban a definir una identidad que les permitía diferenciarse de opiniones como la vertida por el periódico radical *El Tiempo* que, habiendo simpatizado en muchas ocasiones con el PS, llegó a tildar de sedición la actitud demostrada por aquellos en el ‘meeting por la paz’, destacando que los oradores habían llamado a no cumplir la ley del servicio militar obligatorio, de forma que se encontraban “en pugna con el verdadero sentimiento nacional, que estos extraviados apóstoles del socialismo, pretenden representar”.³⁸

VARIACIONES Y SENTIDOS DEL ANTIMILITARISMO SOCIALISTA

Entre esta diversidad de formas y voces en que se expresó la propaganda antimilitarista, además de fijarse una línea oficial del partido —la cual cristalizará en las declaraciones de los sucesivos congresos—, figuras como Ingenieros, Patroni o Juan B. Justo dieron forma a interpretaciones que lograron una relativa continuidad. Estos matices dejan vislumbrar los distintos registros que confluyeron en la etapa fundacional del PS en Argentina. Si bien este carácter coral del socialismo no dejaba de entrañar tensiones hacia su interior, la cuestión del patriotismo y sus implicancias emergerá tempranamente como un nudo conflictivo a la hora de posicionarse en la escena política local.

En el seno de una organización que se presentaba como “partido de clase”, el antimilitarismo socialista debía incubar un mensaje de contenido obrerista. En las intervenciones de Patroni, por ejemplo, el militarismo aparecía como uno de los bastiones que sostenían la dominación burguesa, junto a aquellos que eran presentados como agentes encargados de evitar la toma de conciencia como clase explotada de parte de los trabajadores: los “patrioteros”, la “prensa mercantil” y la Iglesia católica. De esta

³⁶ “A favor de la paz”, *La Vanguardia*, 14/12/1901.

³⁷ “El meeting a favor de la paz”, *La Vanguardia*, 21/12/1901.

³⁸ “Socialismo pero no sedición”, *El Tiempo*, 16/12/1901.

forma, el antimilitarismo contribuía a la construcción de los “otros” frente a los cuales se presentaba el PS en tanto denunciaba las injusticias de la sociedad capitalista. Dicha postura era la que había sido resuelta por el Congreso de la Internacional en Londres (1896) argumentándose –como recordaría en su genealogía del problema Karl Liebknecht– que “la lucha contra la opresión militar era vista como parte de la lucha contra la explotación económica, y como un deber de la clase trabajadora” (Liebknecht [1907] 1973: 79).

Esta retórica obrerista se expresaba en un registro más llano que el de otros referentes socialistas, incluyendo buena parte de sus tópicos. Se oponía el “pueblo consciente” –nucleado en el PS– a la “candidez popular” de aquellos que se sumaban a la consigna “la patria está en peligro”, agitación patriótica que se expresaba en un lenguaje trascendente y cuasi religioso que, según Patroni, “tanta sugestión produce en las masas”.³⁹ En efecto, en el discurso del antimilitarismo el antipatriotismo actuaba en términos ideológicos como su correlato, en tanto la Patria aparecía como una entidad que debía ser desacralizada para poder combatirse (Angenot 2003: 79-80). Al preguntarse Patroni en una conferencia por el sentido de esa Patria militarista concluirá que ella tenía como contraparte el “prisma de la verdad” socialista, culpando por ello a la “educación patriótica” promovida por el Estado y la prensa:

Si hemos aprendido historia, no ha sido más que la leyenda, las glorias del general A y las del gran capitán B [...] Fuera de la escuela, a cada paso nos han embaucado con el mismo tema: fiestas patrias, conmemoraciones, etc. [...] ante tanto patriotismo claro está que uno llegue hasta el fanatismo.⁴⁰

En otras voces como las de Juan Domenech y Enrique Dickmann, el militarismo aparece como un “atentado contra la razón y el progreso”, un vestigio de épocas pasadas presentes en la sociedad de fines del siglo XIX, como el espíritu aristocratizante de la “casta militar” y sus vínculos con la Iglesia.⁴¹ Estos argumentos se encontraban en la tónica de lo propuesto sobre la “reacción católico-militar” en contra de las fuerzas del progreso.

Esta dicotomía universal entre fuerzas sociales y sus correlativos andamiajes político-ideológicos se repite en el principal exponente intelectual del antimilitarismo socialista en Argentina, José Ingenieros. Su singularidad en tiempos del conflicto limítrofe estribaría en dos aspectos: el intento de dotar de fundamentos doctrinarios a la campaña antimilitarista y su minucioso seguimiento de los acontecimientos políticos

³⁹ Poco antes, Hyppolite Curet afirmaba que “el fanatismo religioso ha sido reemplazado por el fanatismo patriótico, llevando los pueblos a la guerra”, fenómeno que se expresaba bajo la forma de una “religión patriótica” (H. Curet, “El patriotismo”, *La Vanguardia*, 18/04/1896).

⁴⁰ Adrián Patroni, “Los trabajadores y la cuestión chilena”, *La Vanguardia*, 12/02/1898.

⁴¹ Juan Domenech, “Los que quieren la guerra” y “Quiebra del militarismo”, *La Vanguardia*, 26/03/1898 y 27/01/1900; Enrique Dickmann, “La cuestión del día” y “El militarismo y la religión”, *La Vanguardia*, 16/04/1898 y 03/06/1899.

y las novedades intelectuales gestadas tanto en Chile como en Europa. Una manifestación de esta vinculación se explicitará en el esfuerzo del socialismo por diferenciarse de los otros actores que habían confluído con algunos referentes partidarios (Ingenieros, Patroni, Justo) en un mitin de protesta en contra de la condena del capitán del Ejército francés Alfred Dreyfus. El *affaire*, que dio lugar a fuertes divisiones dentro del socialismo francés al trascender la causa obrera, fue leído por Ingenieros en una clave civilizatoria:

no es más que el pretexto con que se disfraza en la actualidad la gran lucha empeñada entre los partidarios del estacionamiento de las sociedades humanas [...] y los que creen en su incesante movimiento evolutivo [...] El clericalismo, tambaleante en presencia del florecimiento y la extensión de los modernos conocimientos científicos; el militarismo, debilitado por el incremento y el predominio de la vida industrial sobre la vida de la conquista de las naciones civilizadas...⁴²

El lugar en que el joven médico socialista ubicaba al militarismo estaba ya presente en su ensayo *La cuestión argentino-chilena* (1898), texto que condensaba sus argumentos. El mismo dialogaba tanto con una literatura que aportaba rigor científico (Spencer, Tarde, Durkheim, etc.) como con célebres escritores que desplegaban una sensibilidad social (Ibsen y Tolstoi) y referentes del pacifismo europeo, fundamentalmente del medio francés. Se destacaban, por un lado, las referencias al sociólogo Jacques Novicow, quien desde una posición liberal identificaba las causas de la guerra en la conjunción del principio de soberanía, el chauvinismo y el deseo de expansión territorial de los Estados, sustentando un internacionalismo que lo acercaba a los socialistas, aunque rechazaba sus diagnósticos económico-doctrinarios⁴³; y, por otro lado, el luego primer Premio Nobel de la Paz en 1901, Frédéric Passy, organizador del Congreso Universal por la Paz de 1889. Ingenieros presentaba una constatación contundente: el aumento extraordinario de los gastos del Ministerio de Guerra y Marina en relación al presupuesto general, enfatizando que para 1898 aquel era diez veces mayor que el destinado a la educación pública. La primera conclusión expresaba entonces que, además de un vestigio de la barbarie, el militarismo era un “terrible monstruo que ha arruinado a casi todas las naciones europeas y amenaza oprimir entre sus tentáculos trágicamente poderosos a los jóvenes organismos de las naciones sud-americanas” (Ingenieros 1898: 29). Esta concepción evolucionista y biologicista de las formaciones sociales⁴⁴ muestra-

⁴² José Ingenieros, “La significación del meeting”, *La Vanguardia*, 23/09/1899.

⁴³ No obstante, Novicow reconocía el principio de las nacionalidades como un dato innegable para fines del siglo XIX, ante lo cual esbozó un proyecto de raigambre kantiana de una Federación de Estados, primero de alcance europeo y luego universal (Alleno 2013). El texto de aquel citado por Ingenieros era *Les luttes entre les sociétés humaines et leurs phases successives*, de 1893, lo cual demostraba la relativa actualización de las lecturas del argentino.

⁴⁴ Hacia esos años Ingenieros profundizará su adhesión a categorías de una “sociología científica” y que, al cruzar el positivismo evolucionista con el marxismo, lo llevarán a plantear un resultado sincrético: el *bioeconomismo* (Terán 2001: 290; Tarcus: 2013: 247). No obstante ello, el discurso socialista mili-

ba al Ejército como una “clase parasitaria” que no solo no cumplía “función social” alguna sino que actuaba como una institución opresiva, ya que “la moral del Ejército [era] una moral de la esclavitud” (Ingenieros 1898: 45-46). En consecuencia concluía, abrevando en el darwinismo social, que la guerra aparecía como una “forma colectiva de la lucha por la vida” (Ingenieros 1898: 54).

Esta era una reflexión diferente a la que arribara el principal referente antimilitarista chileno, el citado filósofo positivista Juan Enrique Lagarrigue. Este autor venía analizando el conflicto limítrofe desde 1882 y denunció previamente la guerra de Chile con Perú y Bolivia, considerando a la guerra como un “crimen de lesa humanidad”. Coincidió con los socialistas argentinos en que la gran prensa tenía su responsabilidad en la escalada armamentista por una “censurable tendencia bélica” (Lagarrigue 1898: 5 y 20). Otro punto de encuentro con las consignas internacionalistas por entonces en boga estaba representado por la necesidad de colocar la “cooperación universal” de “todas las patrias” por sobre el particularismo del “amor propio del país a que se pertenece”. Las diferencias aparecían en lo que respectaba al sujeto encargado de concretar dicho ideal y al sentido de la lucha entablada contra la guerra. Para el autor de *Las cuestiones internacionales* la paz era “la gran cuestión social que debe absorber la atención”, ubicando en un plano secundario la mejora de las condiciones de vida del proletariado, tarea para la cual se encomendaba a la educación “altruista, igualmente moralizadora del capital y del trabajo”: proponía la conciliación y no la lucha entre clases (Lagarrigue 1898: 21-22).

Ahora bien, en términos político-ideológicos, para Ingenieros tanto la educación estatal como las campañas públicas de la “prensa burguesa” y de organizaciones como las ligas habrían dado forma a una “religión de la patria” a partir de la exaltación de los “fetiches del culto patriótico” (Ingenieros, 1898: 19). Esa religión, como la católica tradicional, establecía supuestos “intereses comunes” para el pueblo como producto de una “mentira”; lo cual contradecía a su entender un evidente proceso de internacionalización de las distintas esferas de la sociedad, desde la producción capitalista hasta la ciencia, el arte y la política. La solución por la que debían propugnar los socialistas con el objetivo de establecer “una solidaridad que permita realizar la Fraternidad Universal” era el arbitraje internacional y el “desarme” (Ingenieros 1898: 39). Pero el militante socialista cerraba su texto con un mensaje emotivo que apelaba a la subjetivación de los proletarios organizados: la consigna de “guerra a la guerra” debía unirse a los símbolos de la civilización moderna (Libertad, Justicia, Ciencia) y a la bandera roja del socialismo, representando la “patria universal” de los trabajadores.

La propuesta de Ingenieros se encuadraba así en los postulados generales del pacifismo de la Liga Internacional de la Paz y de la Libertad, creada por Frédéric Passy en 1867, pero que adquiriría notoriedad ante los conflictos internacionales de la década de 1890, al intentar coordinar un movimiento transnacional de distintas ligas y aso-

tante y su denuncia del militarismo se encontraban permeados de un humanismo internacionalista de fuerte contenido ético y político que matizaba su objetivismo científico.

ciaciones para influenciar mediante el arbitraje en las Conferencias de Paz de La Haya de 1899 y 1907 (Cooper 1991: 60 y ss.; Grossi, 1994). Esa propaganda era bien conocida por el socialista argentino, como da cuenta el intercambio de obras aparecido en su periódico *La Montaña*⁴⁵, así como por las encuestas sobre la guerra elaboradas por *L'Humanité Nouvelle* de París y *La Vita Internazionale* de Milán, reseñadas por Ingenieros para *La Vanguardia*.⁴⁶ Esta será también la postura adoptada por Gabriela Laperrière en 1901 al iniciar sus contactos con el PS. En una conferencia dictada primero en Santiago de Chile y luego en Buenos Aires, la militante feminista que había residido en París se referirá al ejemplo franco-alemán para postular el peligro de las heridas dejadas por las guerras modernas, pero apelando también a los esfuerzos llevados adelante en Europa para contrarrestar las escaladas belicistas. Para Laperrière la solución a los diferendos debía ser también el arbitraje y la campaña debía hacerse bajo las ideas universales de “fraternidad”, “paz” y “guerra a la guerra” (Laperrière de Coni 1901: 1092-1095).

En cambio, el supuesto del que partía Juan B. Justo no negaba la existencia de un genuino sentimiento patriótico, como amor al propio país, pero consideraba nefasto el uso político del mismo, en especial en un país de inmigración como Argentina. Por un lado, el patriotismo se erigía en un obstáculo para la causa socialista porque entorpecía la colaboración entre obreros nacionales y extranjeros al impedir que estos últimos adquirieran la carta de ciudadanía (Justo [1897] 1947: 34); lo cual atentaba también contra su idea más general de una necesaria modernización de las prácticas políticas en Argentina mediante una amplia participación de los inmigrantes en la vida electoral (Halperin Donghi 1987: 223-225). Más importante aún, al tornarse cada vez más tensa la situación con Chile, Justo entendía que “esas ridículas manifestaciones patriotas” que recorrían las calles de Buenos Aires eran la expresión de un sentimiento que amenazaba con arrastrar al país hacia el conflicto, para lo cual apelaba al ejemplo hispano-estadounidense que dominaba la escena internacional: “esa ruinosa guerra en que está comprometida España para mantener su dominación en Cuba” concebida como motivo de atraso (Justo [1897] 1947: 34). Explayándose en las diferencias entre el carácter negativo de ese patriotismo ciego y aquello que entendía como un “patriotismo sano”, la verdadera búsqueda de las mejores condiciones para los habitantes, expresaba:

el patriotismo vulgar es un sentimiento bajo y dañino; queremos el bienestar y el progreso de la humanidad, y por él luchamos cuando defendemos nuestros intereses de clase y contribuimos a la prosperidad y al desarrollo del país en que vivimos.⁴⁷

En este punto el fundador de *La Vanguardia* e Ingenieros coincidían: la guerra constituía para fines del siglo XIX un anacronismo y desviaba los esfuerzos para fortalecer a una sociedad que debía consolidarse mediante la modernización capitalista,

⁴⁵ “Bibliografía”, *La Montaña*, 15/05/1897.

⁴⁶ José Ingenieros, “La guerra y el militarismo (1) ‘Una enquête’”, *La Vanguardia*, 19/08/1899.

⁴⁷ Juan B. Justo, “Socialismo y Patriotismo”, *La Vanguardia*, 09/01/1897.

lo cual se agravaba en el caso de la Guerra de Cuba porque ese patriotismo español sostenía la causa de un imperialismo colonialista de viejo cuño, frente al nuevo imperialismo de los Estados Unidos. Esa opinión se plasmaría asimismo en la postura oficial del PS ante un conflicto que hacía patente el militarismo en América, y el II Congreso de 1898 se encargó de enviar “un saludo y un augurio de triunfo al generoso pueblo cubano que lucha virilmente contra la tiranía”.⁴⁸

Existía asimismo otra dimensión del patriotismo militante, devenido en militarismo, que aparecía como una amenaza para el desenvolvimiento de una política moderna: su involucramiento en las disputas políticas domésticas. Cabe recordar que el desencanto de Justo con su primera experiencia política en la llamada revolución del Parque de 1890 lo llevaría a plantear su diagnóstico en torno a la “política criolla”, extendiéndolo tanto a la prácticas electorales fraudulentas del oficialismo conservador como a los alzamientos armados de las fuerzas opositoras, en particular de quienes formarían parte de la Unión Cívica Radical (Martínez Mazzola 2010: 217-220): “lo fundamental era promover en el país corrientes de opinión que prescindieran por completo del elemento militar” (Justo [1922] 1947: 317).

Será en relación a las fuerzas armadas y su institucionalidad que Justo planteará diferencias con los argumentos que postulaban el “desarme universal”. Como buena parte de los partidos socialistas de la II Internacional, condenaba el militarismo como tendencia, pero entendía que la actividad política debía someterse a los marcos del Estado-nación, aceptando como inevitable la existencia de instituciones de defensa. En su conferencia del 1º de mayo de 1899 exhortó a “no dejarnos confundir con los místicos que condenan en todos los casos el empleo de la fuerza física, ni con los declamadores cuyo único programa es la paz”. El argumento de Justo enfatizaba en la democratización de los instrumentos de coerción como una forma de control civil y de progreso político en una clave similar a la que propondrían, por ejemplo, los socialdemócratas alemanes en su crítica al militarismo del Reich guillermiano⁴⁹ y sobre todo luego Jean Jaurès en *L'Armée Nouvelle*⁵⁰:

⁴⁸ “II Congreso del Partido Socialista Obrero Argentino”, *La Vanguardia*, 04/06/1898. Esta era también la posición de Patroni, quien afirmaba que una vez desatado el conflicto debía apoyarse la causa de aquellos que fueran más débiles o que representaran la opción política más avanzada (“El conflicto hispano-norteamericano”, *La Vanguardia*, 14/05/1898).

⁴⁹ La situación en el Imperio alemán no dejaba de resultar paradójica. Por un lado, existía un movimiento pacifista más bien débil (la Deutsche Friedensgesellschaft, creada en 1892) y encabezado por referentes de la burguesía liberal ilustrada. Por otro lado, la principal oposición al militarismo imperial provenía del Partido Socialdemócrata Alemán, pero este, antes que poner en cuestión la existencia misma de un ejército, pretendía, como en el caso de los socialistas moderados de Argentina, democratizarlo mediante la organización de un “ejército popular”. Así, establecía una suerte de componente de clase en su crítica al “militarismo elitista y conservador” de raigambre prusiana, aunque sin llegar a desentonar del todo con una sociedad virtualmente ganada por una ideología militarista que sacralizaba una forjada en sucesivas guerras (Dupeiryx 2011: 12-13 y 26).

⁵⁰ Jaurès estableció una argumentación más sofisticada que la propuesta por un antimilitarismo radical que pretendía soluciones como el desarme total, apelando a la noción de ‘nación en armas’ en tanto alternativa a una guerra luego de décadas de paz (Cosson 2013).

Distingamos entre el ejército permanente y la guardia nacional. El primero es el militarismo por excelencia, es la casta militar destinada a funciones de opresión y de predominio. La guardia nacional es el pueblo armado [...] mañana puede estar imbuido de nuestras ideas, designar sus propios jefes por elección y emplear su fuerza conscientemente para su propia elevación.⁵¹

El antimilitarismo de Justo, que contemplaba la evolución del conflicto limítrofe y las implicancias en términos de movilización ciudadana, se insertaba entonces dentro del gradualismo reformista que sustentaba su propuesta política más general. Con todo, la sanción del servicio militar obligatorio en 1901 llevará a la dirigencia socialista a solicitar de forma recurrente la derogación del mismo y la democratización de los mandos militares, en especial frente al endurecimiento de unas políticas represivas que ya se habían explicitado en la intromisión de la policía en los actos socialistas y que se acentuará con la intervención directa del Ejército al sancionarse el estado de sitio, como ocurrirá en 1902.

CONCLUSIONES

En un artículo que finalmente no aparecería en el diario *La Nación* debido a que el gobierno nacional prohibiría todo escrito que refiriera a las actividades obreras, Justo ensayaría hacia el Centenario de la Revolución de Mayo (1910) una retrospectiva destacando los hitos que habían jalonado el camino del socialismo argentino hasta ese momento. Entre ellos mencionaba –además de la lucha por la jornada laboral de 8 horas y la reglamentación del trabajo para mujeres y niños– la consecuente oposición del joven PS a la posibilidad de una guerra con Chile (Justo 1910: 109-110). Sin verlo necesariamente como un lejano prolegómeno a la luz de la posterior coyuntura de la Gran Guerra, el antimilitarismo desplegado por los socialistas argentinos en sus distintas variantes ante el conflicto limítrofe revela la impronta del momento fundacional del PS y la forma en la que el mismo dio lugar a una lectura duradera de las tendencias belicistas y de las efusiones de un creciente patriotismo militante.

Este mensaje se expresó en los distintos espacios de la emergente sociabilidad socialista, en particular en la ciudad de Buenos Aires, pasando a formar parte de la cotidianidad de los militantes partidarios. Ello se canalizaría a través de un involucramiento regular con las actividades de la causa antimilitarista: desde la lectura de *La Vanguardia*

⁵¹ “La conferencia en el Centro Obrero”, *La Vanguardia*, 06/05/1899. Como expresará luego Justo en el capítulo referido a la guerra en su obra más acabada, *Teoría y práctica de la Historia*, la “guerra externa” se convertía en “guerra interna” al “aglomerar violentamente a los pueblos y establecer en permanencia la coerción de una clase social sobre otras”; por eso “las costumbres políticas, impuestas por el progreso técnico-económico, que relegan la milicia a un rango cada vez más subalterno en la jerarquía de las actividades humanas, al hacerla superflua para el progreso histórico, son a la vez nuevo factor de poder militar de los pueblos” (Justo 1909: 120-121).

y la recepción de las noticias y doctrinas gestadas en otras partes del mundo, hasta las conferencias dictadas para los trabajadores, pasando por las sucesivas resoluciones de los congresos partidarios y las conmemoraciones del 1° de mayo, que junto al reclamo por las ocho horas instalaban en un lugar central la lucha contra el militarismo y la consigna de “guerra a la guerra”. Así, este elemento constitutivo de la ideología de las izquierdas finiseculares se mixturará con la denuncia del capitalismo, penetrando en la simbología y la ritualidad partidaria.

Por otro lado, la propaganda antibelicista y la reflexión en torno al fenómeno mundial de la ‘paz armada’, así como la búsqueda de los métodos más efectivos para oponérsele, demuestran las modulaciones que adquirió la inserción del PS en las coordinadas propuestas por la II Internacional. Este fenómeno se dio al mismo tiempo que el socialismo argentino adquiría madurez organizativa, de allí que el internacionalismo socialista se viera como una alternativa para posicionarse ante una escena política nacional fuertemente condicionada por la posibilidad de la guerra con Chile, marco en el que el ‘movimiento patriótico’ que involucró a importantes sectores sociales, actores políticos y al propio Estado pretendía permear de forma unánime a la opinión pública local.

En este sentido, los socialistas argentinos encontraron su singularidad en la segunda mitad de la década de 1890 al plantearse primero como un “partido de clase” que representaba al proletariado y luego como el “partido de la Paz”. A su entender, la guerra constituía “la avaricia del capital, la razón del más fuerte sobre el débil, el dominio de la iniquidad sobre la justicia, el triunfo del derecho de la fuerza sobre la fuerza del derecho”.⁵²Aunque se ha visto que en sus diversas expresiones no se planteaba necesariamente el desarme, salvo en aquellas posturas más cercanas al pacifismo e incluso al anarquismo. Los socialistas se proponían no solamente propugnar por una serie de reformas que contribuyeran a un mejoramiento de las condiciones de vida de las clases trabajadoras, sino también actuar como un agente de modernización política en el país. A su entender, el mismo se veía viciado por prácticas electorales fraudulentas, pero también por una perniciosa presencia de los militares en la vida política, de lo cual daban muestra los alzamientos armados que se iniciaron en 1890, pero que tenían antecedentes en toda la segunda mitad del siglo XIX. Todas estas intervenciones eran vistas como una señal de atraso cívico, ante el cual se presentaban los hombres del PS como abanderados de la civilización de las costumbres políticas.

En tanto reacción a otra tendencia, el antimilitarismo socialista encontraba en el patriotismo emergente en esos años a un sentimiento que aparecía inextricablemente unido a las escaladas belicistas, en tanto producto y en tanto motor de las mismas. De esta forma, la identidad que comenzaron a delinear los socialistas en el cambio de siglo se vio permeada por ciertas notas internacionalistas, pero sobre todo por una profunda desconfianza frente a los motivos nacionales y las efusiones patrióticas, a partir de los cuales las clases dirigentes o incluso los mismos radicales esgrimieron el prejuicio de

⁵² “Partido de la Paz”, *La Vanguardia*, 31/03/1900.

que no tenía sentido un partido socialista en Argentina –constituía, a lo sumo, una “planta exótica”–. Los sucesos que abrieron el nuevo siglo luego de la firma de la paz con Chile, como la ley de Residencia de 1902 y la larga ola represiva que se extiende hasta 1910 con reiterados estados de sitio, no hicieron sino confirmar este diagnóstico de los socialistas, que por lo demás les otorgaba un lugar singular. Si los anarquistas tendrían un nuevo auge dentro del movimiento obrero a inicios del siglo xx, solo los miembros del PS pretendían organizar a los trabajadores bajo la forma partidaria, mientras que este mismo aspecto y su rechazo a las exaltaciones nacionalistas –amén de reivindicar un “patriotismo sano”– los colocará en tensión con el clima ideológico predominante en esos años. Un artículo que condenaba el servicio militar obligatorio refleja sintomáticamente este punto:

A nosotros socialistas generalmente se nos titula de sin patria porque deseamos la supresión del militarismo, sin darse cuenta que precisamente somos los verdaderos patriotas [...] ¿se entiende por patriotismo el tratar a los ciudadanos como bestias, dándoles a comer carne podrida, hacerlos enfermar, castigarlos o asesinarlos por puro placer, como actualmente se hace?, ¿o se entiende por verdadero patriotismo querer elevar la cultura de los ciudadanos y el progreso de la nación? Si es esto último somos patriotas, pero si es lo primero, por nuestros principios humanitarios, aborrecemos la patria.⁵³

En este sentido, la “religión patriótica” que los socialistas vislumbrarán como un emergente del conflicto limítrofe con Chile y como una tendencia en alza dentro de la sociedad y la política argentinas, adquirirá entonces en sus planteos un carácter dilemático, puesto que el mismo crecimiento del partido no verá retroceder sino avanzar a este fenómeno de masas. De todas formas, ese debate de índole tanto ideológica como identitaria arreciará pronto en las filas socialistas y en las izquierdas en general, al verse interpeladas por un fenómeno que hasta allí solo había mostrado su faz más autoritaria.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Akira, Iriye/Saunier, Pierre-Yves *et al.* (2009): *The Palgrave Dictionary of Transnational History*. London: Palgrave-Macmillan.
- Alleno, Kevin (2013): “Un Project de paix perpétuelle. Fédéralisme et pacifisme chez Jacques Novicow”. En: *Relations Internationales*, 154, pp. 7-20.
- Angenot, Marc (2003): *L’Antimilitarisme: idéologie et utopie*. Québec: Les Presses de l’Université de Laval.
- Bayly, Christopher (2010): *El nacimiento del mundo moderno*. Madrid: Siglo XXI.
- Becker, Jean-Jacques (1987): “La IIe Internationale et la guerre”. En: *École Française de Rome*, 95, pp. 9-25.
- Bertoni, Lilia A. (2001): *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la identidad nacional argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

⁵³ Luis Boffi, “Abajo el militarismo”, *La Vanguardia*, 18/05/1901.

- Buonuome, Juan (2015): “Fisonomía de un semanario socialista: *La Vanguardia* (1894-1905)”. En: *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, 6, pp. 11-30.
- Callahan, Kevin (2010): *Demonstration Culture. European Socialism & the Second International*. Leicester: Troubador Publishing.
- Ceadel, Martin (2008): “Pacifism and *Pacifism*”. En: Ball, Terence/Bellamy, Richard (eds.): *The Cambridge History of Twentieth Century Political Thought*. Cambridge: University Press, pp. 473-492.
- Cole, G. D. H. (1960): *Historia del pensamiento socialista, vol. II. La Segunda Internacional 1889-1914*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Congrès Socialistes Internationaux. Le Bureau Socialiste International de Bruxelles* (1902). Gant: Société Coopérative “Volksdrukkerij”.
- Cooper, Sandi (1991): *Patriotic Pacifism. Waging War on War in Europe, 1815-1914*. New York/Oxford: Oxford University Press.
- Cosson, Olivier (2013): “Le pacifisme de Jaurès et les faux-semblants du bellicisme militaire en France avant 1914”. En: *Actes du Colloque “Jaurès pacifique et pacifiste”*. Castres: Centre National et Musée Jean Jaurès, pp. 125-138.
- Crossley, Pamela (2008): *What is Global History?* Cambridge: Polity Press.
- Devés Valdés, Eduardo (1991): “La cultura obrera ilustrada chilena y algunas ideas en torno al sentido de nuestro quehacer historiográfico”. En: *Mapocho*, 30, pp. 127-136.
- Dimou, Augusta (2009): *Paths Towards Modernity. Contextualizing Socialism and Nationalism in the Balkans*. Budapest: CEU Press.
- Douki, Caroline/Minard, Philippe (2007): “Histoire globale, histoires connectées: un changement d’échelle historiographique?”. En: *Revue d’histoire moderne et contemporaine*, 54-4bis, pp. 7-21.
- Dupeiryx, Alexandre (2011): “Les pacifistes dans le Reich wilhelmien (1890-1918): ennemies de l’Etat ou patriotes?”. En: *Les cahiers Irice*, 8, pp. 11-37.
- Falcón, Ricardo (2007): “Los socialistas y la cuestión nacional en Argentina, 1890-1900”. En: <<http://cdsa.academica.org/000-108/537.pdf>> (23.04.2018).
- Ferrari, Gustavo (1968): *Conflicto y paz con Chile (1898-1903)*. Buenos Aires: Eudeba.
- Grossi, Verdiana (1994): *Le pacifisme européen, 1889-1914*. Bruxelles: Bruylant.
- Halperin Donghi, Tulio (1987): “¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina (1810-1914)”. En: *El espejo de la historia*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 189-238.
- Haupt, George (1964): *La Deuxième Internationale, 1899-1914. Étude critique des sources*. Pavo: Mouton.
- Haupt, George/Löwy, Michel/Weill, Claudie (1982): *Los marxistas y la cuestión nacional. La Historia del problema y el problema de la historia*. Barcelona: Fontamara.
- Haupt, Heinz-Gerhard/Kocka, Jürgen (2012): *Comparative and Transnational History. Central European Approaches and Perspectives*. Oxford: Berghahn Books.
- Hopkins, Anthony (2006): *Global History. Interactions Between the Universal and the Local*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Ingenieros, José (1898): *La mentira patriótica, el militarismo y la guerra*. Buenos Aires: Librería Obrera.
- Iriye, Akira/Saunier, Pierre-Yves (eds.) (2009): *The Palgrave Dictionary of Transnational History*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Justo, Juan B. (1909): *Teoría y práctica de la historia*. Buenos Aires: Lotito y Barberis.
- (1910): “El socialismo argentino”. En: *Socialismo*. Buenos Aires: La Vanguardia, pp. 81-119.

- ([1922] 1947): “El momento actual del socialismo”. En: *La realización del socialismo*. Buenos Aires: La Vanguardia, pp. 303-324.
- Lacoste, Pablo (2011): “Chile y Argentina al borde de la guerra (1881-1902)”. En: *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Carlos Segretti”*, 11, pp. 301-328.
- Lagarrigue, Juan Enrique (1898): *Las cuestiones internacionales*. Santiago de Chile: Imprenta y Librería Ercilla.
- Laperrière de Coni, Gabriela (1901): “Liga Americana de las Mujeres por la Paz. Conferencia de la señora Gabriela Laperrière de Coni”. En: *El Monitor de la Educación Común*, 340, pp. 1088-1098.
- Liebknecht, Karl ([1907] 1973): *Militarism & Anti Militarism*. Cambridge: River Press.
- Martínez Mazzola, Ricardo (2010): “Socialismo y populismo, los comienzos de una relación conflictiva. La mirada del socialismo argentino sobre la Unión Cívica Radical (1890-1930)”. En: *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos Segretti”*, 10, pp. 211-230.
- Maurel, Chloé (2014): *Manuel d'histoire globale: Comprendre le “global turn” des sciences humaines*. Paris: Armand Colin.
- Oddone, Jacinto (1983): *Historia del socialismo argentino*. Buenos Aires: CEAL.
- Osterhammel, Jürgen/Petersson, Niels (2005): *Globalization: A Short History*. Princeton: Princeton University Press.
- Pinto Vallejos, Julio (2006): “El despertar del proletario: el Partido Obrero Socialista y la construcción de la identidad obrera en Chile”. En: *Hispanic American Historical Review*, 86, pp. 707-745.
- Rébèrioux, Madeleyne (1985): “El socialismo belga de 1875 a 1914”. En: Droz, Jacques (comp.): *Historia general del socialismo: de 1875 a 1918*. Barcelona: Destino, pp. 387-400.
- Recabarren, Luis E. (2015): *Escritos de prensa, 1898-1924*. Santiago de Chile: Ariadna.
- Reyes, Francisco (2016): “De la velada de club a la estética de los cortejos. La construcción del 1° de Mayo socialista en la Argentina finisecular (1894-1900)”. En: *Boletín del Instituto Ravignani*, 44, pp. 42-77.
- Rouquié, Alain (1981): *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Buenos Aires: Emecé.
- Suriano, Juan (2008): *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*. Buenos Aires: Manantial.
- Tarcus, Horacio (2009/2011): “Espigando la correspondencia de José Ingenieros: Modernismo y Socialismo *fin-de-siècle*”. En: *Políticas de la Memoria*, 10-12, pp. 97-122.
- (2013): *Marx en Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Tato, María Inés (2017): *La trinchera austral. La sociedad argentina ante la Primera Guerra Mundial*. Rosario: Prohistoria.
- Terán, Óscar (2001): *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo. Derivas de la “cultura científica”*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Winock, Michel (1973): “Socialisme et patriotisme en France (1891-1894)”. En: *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 20, 3, pp. 376-423.
- Zimmermann, Bénédicte/Werner, Michael (2004): “De la comparaison à l'histoire croisée”. En: *Le genre humain*, 42, pp. 14-49.
- Zimmermann, Eduardo (2017): “Estudio Introductorio: Una nota sobre nuevos enfoques de historia global y transnacional”. En: *Estudios Sociales del Estado*, 3, 5, pp. 12-30.

Fecha de recepción: 16.11.2015
Versión reelaborada: 10.10.2017
Fecha de aceptación: 24.11.2017

| **Natacha C. Bacolla.** Profesora en Historia (UNL), magíster en Ciencias Sociales (FLACSO) y doctora en Ciencia Política (UNR), investigadora adjunta del CONICET, profesora asociada regular en Formación del Mundo Moderno II y Problemática Contemporánea de Europa y Estados Unidos (FHUC/UNL); profesora titular de Historia Social Contemporánea (FCPyRRII/UNR). Docente de posgrado e invitada en instituciones argentinas y del extranjero. Ha dirigido y participado como investigadora en numerosos proyectos I+D. Área temática: historia cultural de lo político; circulación de ideas, estudios sociales del Estado. Publicaciones recientes: *Política, sociedad, instituciones y saberes* (2017, coeditora y autora); “Legislar el trabajo. Notas acerca de la construcción de un saber jurídico sobre el trabajo en Argentina: el caso de la Universidad del Litoral” (*Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, en línea, 2018; autora).

| **Francisco J. Reyes** es licenciado en Historia (UNL) y doctor en Ciencia Política (UNR), becario postdoctoral del CONICET y docente de Historia Institucional Argentina y Problemática Contemporánea de Europa y Estados Unidos (Universidad Nacional del Litoral). Área de trabajo: la historia cultural de lo político e identidades partidarias en la Argentina del cambio del siglo XIX al XX. Publicaciones recientes: “La patria es el otro, pero no para siempre. La cuestión de la nación en el socialismo de la Argentina finisecular (1894-1912)” (en *Historia y Política*, 2018) y “Fiestas, manifestaciones y rituales políticos. Un itinerario historiográfico entre Francia y Argentina” (2017).